

largo y gastando liberal con los amigos, tanto que ellos me decían que de qué Indias había venido, á quienes satisfacía con decir que mi padre me lo había enviado; y á la noche siguiente aguardando en el puesto á mi guía, que fué muy cierta á la misma hora, á quien recibí con los brazos y con darle lo que merecía su cuidado, con esto de la misma suerte que la noche pasada fuí recibido y agasajado y bien premiado mi trabajo, pues aquella noche me proveyó las faltriqueras de tantos doblones, que sería imposible el creerlo.

De esta suerte pasé mas de un mes, sin faltar noche alguna mi guía, ni yo de gozar mi dama encantada, ni ella de colmarme de dineros y preciosas joyas, que en el tiempo que digo largamente me dió mas de seis mil ducados, con que yo me trataba como un príncipe, sin que en todo este tiempo que he dicho permitiese dejarse ver; y si la importunaba para ello, me respondía que no nos convenia, porque verla y perderla había de ser uno; mas como las venturas fundadas en vicios y deleites percederos no pueden durar, cansóse la fortuna de mi dicha, y volvió su rueda contra mí; y fué que como mis amigos y camaradas me veían tan medrado y poderoso, sospecharon mal, y empezaron á hablar peor, porque echando juicios y haciendo discursos de dónde podía tener yo tantas joyas y dineros, dieron en el mas infimo, diciendo que era ladrón ó saltador, y esto lo hablaban en mis espaldas tan descaradamente, que vino á oídos de un camarada mio, llamado don Baltasar; y si bien en varias ocasiones había vuelto por mí y puéstose en muchos riesgos, enfadado de verme en tan mala opinion, y quizá temiendo no fuese verdad lo que decían, me apartó una tarde de todos, y sacándome al campo, me dijo: Cierito, amigo don Jaime, que ya es imposible el poder excusar deciros mi sentimiento, para lo que aquí os he traído, y creedme que el quereros bien lo ocasiona, porque siento tanto el oír hablar mal de vos, como se hace entre todos los que os conocen y os han visto no tan sobrado como estais; y para decírolo de una vez, sabed que despues que os ven con tantos aumentos y mejorado de galas y joyas, como haceis alarde de unos dias á esta parte, entre los soldados, todos juntos, y cada uno de por sí, haciendo conjeturas y juicios de dónde os pueden venir, dicen públicamente que lo teneis de donde yo me avergüenzo de decirlo, mas ya no es tiempo de que se os encubra; dicen, en fin, que debeis de hurtar y capear, infiriéndolo de que os ven faltar de casa todas las noches: yo he tenido por volver por vos muchos enfados, mas es caso dificultoso poder uno solo contra tantos. Ruégoos, por la amistad que entre los dos hay, que es mas que parentesco, me saqueis de esta duda, para que ya que los demás estén engañados, no lo esté yo, que soy tambien hombre, y puede ser que viendo que os guardais y cautelais de mí, crea el mismo engaño que los demás creen, y sabiendo yo lo contrario, pueda seguramente volver por vuestra perdida opinion y sustentar la mia.

Reíme muy de voluntad, oyendo á don Baltasar lo

que me decia, y quise disculpar me, dando diferente color al caso, por no descubrir el secreto de mi amada prenda, que ya á este tiempo con las cargas de las obligaciones que la tenia, aunque no la veía, la quería; mas al fin don Baltasar apretó tanto la dificultad, que pidiéndole por la amistad que había entre los dos me guardase el secreto, avisándole el riesgo que me corría, le conté todo lo que me había sucedido y sucedía. Admiróse y tornóse á admirar don Baltasar, y despues de haber dado y tomado sobre el caso, me dijo: ¿Es posible, amigo, que no hemos de saber esta casa dónde es, siquiera para seguridad de vuestra vida? Dudoso lo hallo, dije yo, por el modo con que me llevan. No muy dudoso, dijo don Baltasar, pues se puede llevar una esponja empapada en sangre, y esta acomodada en un vaso, y haciendo con ella al entrar ó salir una señal en la puerta, será fácil otro dia que hallemos por ella la casa. En fin, para abreviar, aquella misma noche llevé la esponja, y señalé la puerta, y otro dia don Baltasar y yo no dejamos en toda la ciudad calle ni plaza, rincón ni callejuela que no buscamos; mas nunca tal señal pudimos descubrir, y volviéndonos ya á la posada, cansados y admirados del caso, no á veinte casas de ella, en unas muy principalísimas, vimos la señal de la sangre, de que quedamos confusos y atónitos, y que el rodear cuando me llevaban tanto juzgamos era por deslumbrarme, para que juzgase que era muy léjos. Informámonos cuyas eran las dichas casas, y supimos ser de un príncipe y gran potentado de aquel reino, ya muy viejo, y que solo tenía una hija heredera de todo su estado y riqueza, viuda, mas muy moza, por haberla casado niña, y de las mas bellas damas de aquel país. Mirámoslo todo muy bien, y notamos que aunque había muchas rejas y balcones, todas estaban con muy espesas celosías, por donde se podía ver sin ser vistos.

Recogímonos á la posada hablando del caso, y despues de haber cenado nos salimos, yo á mi puesto, para aguardar mi guía, y don Baltasar á ocultarse en la misma casa hasta satisfacerse, y al fin nos enteramos de todo, porque venidomi viejo norte, yo me fui á mis oscuras glorias, y don Baltasar aguardó hasta que me vió entrar, con que se volvió á la posada, y yo me quedé con mi dama, con la cual, haciéndole nuevas caricias y mostrándole mayores rendimientos, pude alcanzar, aunque contra su voluntad, dejarse ver; así ella misma fué por la luz, y sacando entre sus hermosos dedos una bujía de cera encendida, vi, no una mujer, sino un serafín, y sentándose junto á mí, me dijo: Ya me ves, don Jaime, quiera el cielo no sea para perderme; madama Lucrecia soy, princesa de Erne; no dirás que no has alcanzado conmigo cuanto has querido, mira lo que haces. ¡Ay qué desórdenes hace la mocedad! Si yo tuviera en la memoria estas palabras, no hubiera llegado al estado en que estoy, y le tuviera mayor, porque matando la luz, prosiguió diciendo: Mi padre es muy viejo, no tiene otro hijo sino á mí, y aunque me salen muchos casamientos, ninguno acepto ni aceptaré hasta que el cielo me dé lugar para hacerte mi esposo. Be-

sele las manos por las mercedes que me hacia y las que de nuevo me ofrecía; y siendo hora, colmado de dichas y dineros y muy enamorado de la linda Lucrecia, me vine á mi posada, dando cuenta á don Baltasar de lo que había pasado, si bien cuidadoso de que conoci en Lucrecia quedar triste y confusa.

Otro dia por la mañana me vestí aun con mas gala y cuidado que otras veces, y con mi camarada salimos á la calle, segun costumbre, y como mozo mal regido y enamorado, empezamos á dar vueltas por la calle, ya hacía arriba, y ya abajo, mirando á las ventanas, porque ya los ojos no podían excusarse en buscar la hermosura que habían visto, y despues de comer gastamos la tarde en lo mismo. ¡Ay de mí! y cómo ya mi deslucha me estaba persiguiendo, y mis venturas, cansadas de acompañarme, me querían dejar; porque no habiendo en todo el dia visto ni aun sombra de mujer en aquella casa, llegamos á la mia, y mientras don Baltasar fué al cuerpo de guardia, yo me quedé á la puerta. Era poquito antes de anoecer, como se dice, entre dos luces, cuando llegó á mi una mujer en traje flamenco, con una mascarilla en el rostro, y me dijo en lengua española, que ya la saben todos en aquel reino por la comunicacion que hay con españoles: Mal aconsejado mozo, salte de la ciudad al punto, mira que no te va menos que la vida, porque esta noche te han de matar por mandado de quien mas te quiere; y por la lástima que tengo á tu juventud y gallardía, con harto riesgo mio te aviso; y diciendo esto se fué como el mismo viento, sin aguardar respuesta mia ni yo poder seguirla, porque al mismo tiempo llegó don Baltasar con otros amigos que posaban con nosotros; y si os he de decir la verdad, aunque no vinieran, no la pudiera seguir, segun cortado y desmayado me dejaron sus palabras, si bien me colegí que fuese mi amada señora el juez que me condenaba á tan precisa y cercana muerte; con todo eso, como llegaron los amigos, me cobré algo, y despues de haber cenado aparté á don Baltasar, y le conté lo que me había pasado, que echando mil juicios, unas veces temiendo, y otras con el valor que requerian tales cosas, estuvimos hasta los tres cuartos de las diez, que ya cansado de pensar qué sería, con la soberbia que mi valor me daba dije: Las diez darán; vamos, amigo, y venga el mundo, que aunque me cueste la vida, no dejaré la empresa comenzada. Salimos, llegué al puesto, dieron las diez, y no vino el que esperaba; aguardé hasta las once, y viendo que no venia, dije á don Baltasar: Puede ser que si acaso os han visto, no lleguen por eso; apartaos y encubriros en esta callejuela, veamos si esta es la ocasion; y apenas don Baltasar se desvió donde le dije, cuando salieron de una casa mas abajo de donde yo estaba seis hombres armados y con máscaras, y disparando dos de ellos dos pistolas, y los otros metiendo mano á las espadas, me acometieron, cercándome por todas partes; de las pistolas la una fué por alto, mas la otra me acertó en un brazo, que si bien no encarnó para hacerme pedazos, bastó á herirme muy mal; metí mano, y quise defen-

derme, mas fué imposible, porque á cuchilladas y estocadas, como eran seis contra mí, me derribaron herido mortalmente. Al ruido volvió mi camarada, y salieron de las casas vecinas gentes, y de mi posada los amigos, que aun no estaban acostados, por haberse puesto á jugar, y los traidores, viendo lo que les importaba, se pusieron en fuga, que si no, tengo por sin duda que no se fueran hasta acabarme. Lleváronme á la posada medio muerto, trajeron á un tiempo los médicos para el alma y para el cuerpo, que no fué pequeña misericordia de Dios quedar para poderme aprovechar de ellos. En fin, llegué á punto de muerte; mas no quiso el cielo que se ejecutase entonces esta sentencia.

Púsose tanto cuidado en mi cura, como me hallé con dinero para hacerlo, que vine á mejorar de mis heridas y estar ya para poderme levantar; y cuando lo empezaba á hacer me envió el general á decir con el sargento mayor que tratase de salir luego de aquel país, y me volviese á mi patria, porque me hacia cierto de que quien me había puesto en el estado que estaba aun no estaba vengado, que así se lo avisaban por un papel que le habían dado, sin saber quién; y que le decían en él que por loco y mal celador de secretos había sido; que no hiciese juicios, que de mano de una mujer se había todo originado. En esto conocí de qué parte había procedido mi daño; y así, sin aguardar á estar mas convalecido, me puse en camino, y con harto trabajo, por mi poca salud, llegué á mi patria; donde hallé que ya la airada parca había cortado el hilo de la vida á mi madre, y á mi padre viejo y muy enfermo, por lo que dentro de un año siguió á su amada consorte. Quedé rico, y en lo mejor de mi edad, pues tenía á la sazón treinta y tres á treinta y cuatro años. Ofreciéronseme luego muchos casamientos de señoras de mucha calidad y hacienda, mas yo no tenía ninguna voluntad de casarme, porque aun vivía en mi alma la imágen adorada de madama Lucrecia, perdida el mismo dia que la vi, pues aunque había sido causa de tanto mal como padecí, no la podía olvidar ni aborrecer; hasta que una semana santa, acudiendo á la iglesia mayor á los divinos oficios, vi un sol, poco digo, un ángel; vi, en fin, un retrato de Lucrecia, tan parecido á ella, que mil veces me quise persuadir á que arrepentida de haberme puesto en la ocasion que he dicho, se había venido tras mí; vi, en fin, Elena, que este es el nombre de aquella desaventurada mujer que habeis visto comer los huesos y migejas de mi mesa; y así como la vi no la amé, porque ya la amaba; la adoré, y luego propuse, si no había causa que lo estorbaba, á hacerla mi esposa; seguila, informéme de su calidad y estado; supe que era noble, mas tan pobre, que aun para una medianía le faltaba; era doncella, y sus virtudes las mismas que pude desear, pues el dote de la hermosura se allegaba al de honesta, recogida y bien entendida; no tenía padre, que había muerto un año había, y su madre era una honrada y santa señora.

Contento de todo, haciendo cuenta que la virtud y hermosura era la mayor riqueza, y que en tener á Elena

tenia mas riquezas que tuvo Midas, me casé con ella, quedando madre é hija tan agradecidas, que siempre lo estaban repitiendo; y yo como mas amante me tuve en merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saqué á Elena de la mayor miseria á la mayor grandeza, como habeis visto en esta negra que ha estado á mi mesa esta noche, dando envidia á las mas nobles damas de toda la gran Canaria, tanto con la hermosura como con la grandeza en que la veía, luciendo tanto la belleza de Elena con los atavíos y ricas joyas, que se quedaban embelesados cuantos la veían; y yo cada dia mas y mas enamorado buscando nuevos rendimientos para mas obligarla, amábala tan ternísimamente, que las horas sin ella juzgaba siglos, y los años en su compañía instantes. Elena era mi cielo, Elena era mi gloria, Elena era mi jardín, Elena mis holguras, y Elena mi recreo. ¡Ay de mí, y cómo me tendréis por loco viéndome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla como esta noche habeis visto! Pues ya es Elena mi asombro, mi horror, mi aborrecimiento; fué mujer Elena, y como mujer ocasionó sus desdichas y las mías. Murió su madre á los seis años de casada Elena, y sentílo yo mas que ella: ¡pluguiera al cielo viviera, que quizá á su sombra fuera su hija la que debía ser!

Tenia Elena un primo hermano, hijo de una hermana de su padre, mozo galán y bien entendido, mas tan pobre, que no tenia para poder seguir sus estudios y dedicarse á la Iglesia; y yo, que todas las cosas de Elena las estimaba mías, para que pudiera conseguir los estudios le traje á mi casa, comiendo, vistiendo y triunfando á costa mia, y se lo daba yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Ya habia ocho años que éramos casados, pareciéndome á mí que no habia una hora; vivíamos en la ciudad, si bien los veranos nos veníamos á este castillo á recoger la hacienda del campo, como todos hacen; y aquel verano, que fué en el que empezó mi desdicha, sucedió no estar Elena buena; y creyendo que fuesen achaques de preñada, como yo lo deseaba, no la consentí venir aquí; vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, á los ochos dias, instándome el deseo de verla, volví á la ciudad con el mayor contento que puede imaginarse; llegué á sus brazos, y fui recibido con el mismo. Cuando considero las traiciones de una mujer se me acaba la vida; ¡con qué disimulacion me acaricié, pidiéndome que si habia de volver al castillo no la dejase, que estando apartada de mí no vivia! Pues apenas estuve sosegado en mi casa, me llamó aparte esta negra que aquí veis, que nació en mi casa de otra negra y un negro, que siendo los dos esclavos de mis padres, los casaron, y me dijo llorando: Ya, señor, no será razon en encubrirte la maldad que pasa, que fuera negarme á la crianza que tus padres y tú hicisteis á los míos y á mí y al pan que como: sabe Dios la pena que tengo en llegar á decirte esto, mas no es justo que pudiendo remediarlo, por callar yo, vivas tú engabado y sin honra; y por no detenerme, que temo no será mas mi vida de cuanto me vean hablar contigo, porque así me han ame-

nazado, mi señora y su primo ratan en tu ofensa é ilícito amor, y en faltando tú, en tu lugar ocupa su primo tu lecho; yo lo habia sospechado, y cuidadoso lo miré, y es el mal que lo sintieron. Yo te he avisado de la traicion que te hacen; ahora pon en ello el remedio.

Cómo quedé, buenos amigos, el cielo solo lo sabe, y vosotros lo podeis juzgar. Mil veces quise sacar la lengua á la vil mensajera, y otras no dejar en toda la casa nada vivo; mas viendo que era espantar la caza si lo hacia, me reporté, y disimulando mi desventurada pena, traté otro dia, no teniendo ya paciencia para aguardar á ver mi agravio á vista de mis ojos, de que nos viniésemos aquí; y dando á entender que me importaba estar aquí mas despacio que otras veces, envié todo el menaje de casa, criados y esclavos primero, y luego partimos nosotros. Elena, con gusto de lo que yo le tenia, aunque fuese por cautela y disimulacion, que estoy en que lo era, y aunque no lo fuese, pues al honor de un marido solo que él lo sospeche hasta, cuanto mas habiendo testigo de vista, convino en todo placentera. Lo primero que hice, ciego de furiosa cólera, en llegando aquí fué quemar vivo al traidor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que habeis visto, que es la que traia en las manos, para que le sirva de vaso en que beba los acibares, como bebió en su boca las dulzuras. Luego llamando á la negra que me habia descubierto la traicion, la di todas las joyas y galas de Elena delante de ella misma, y la dije por darle mas dolor que ella habia de ser mi mujer, y como á tal se sirviese y mandase de la hacienda, criadas y criados, durmiendo en mi misma cama, aunque esto no lo ejecuto, pues antes que Elena acabe la he de quitar á ella tambien la vida. Queríase disculpar Elena, mas no se lo consentí. No la maté luego, porque una muerte breve es pequeño castigo para quien hizo tal maldad contra un hombre, que sacándola de su miseria, la puso en la alteza que os he contado. En fin, de la suerte que veis ha dos años que la tengo, no comiendo mas de lo que hoy ha comido y bebido, ni teniendo mas de unas pajas para cama; ni aquel rincón donde está es mayor que lo que cabe su cuerpo echado, que aun en pié no se puede poner; su compañía es la calavera de su traidor y amado primo, y así ha de estar hasta que muera, viendo cada dia la esclava que ella mas aborrecia adornada de sus galas y el lugar que ella perdió en mi mesa y á mi lado. Esto es lo que habeis visto y lo que os tiene tan admirados. Consejo no os lo pido, que no le tengo de tomar aunque me le deis, y así podeis excusaros de ese trabajo; porque si me decís que es crueldad que viva muriendo, ya lo sé, y por eso lo hágo. Si dijéredes que fuera mas piedad matarla, digo que es la verdad, que por eso no la mato; porque pague los agravios con la pena, y los gustos que perdió y me quitó con los disgustos que pasa; con esto ídos á reposar sin decirme nada, porque de haber traído á la memoria estas cosas estoy con tan mortal rabia, que quisiera que fuera hoy el dia en que supe mi agravio, para poder de nuevo ejecutar el castigo.

Mañana nos veremos, y podrá ser que esté mas humana mi pasion, y os oiré todo lo que me quisiéredes decir, no porque he de mudar de propósito, sino por no ser descortés con vosotros.

Con esto se levantó de la silla, haciendo don Martin y su compañero lo mismo, y mandando á un criado los llevase adonde tenían sus lechos, dándoles las buenas noches, se retiró don Jaime adonde tenia el suyo. Espantados iban don Martin y su compañero del suceso de don Jaime, admirándose cómo un caballero de tan noble sangre, cristiano y bien entendido, tenia ánimo para dilatar tanto tiempo tan cruel venganza en una miserable y triste mujer, que tanto habia querido, juzgando, como discretos, que tambien podia ser testimonio de la maldita esclava hubiese levantado á su señora, supuestó que don Jaime no se aseguró de ello; y resuelto don Martin en dárselo á entender otro dia, se empezaron á desnudar. Don Jaime ya retirado á otra cuadra en donde dormía, con la pasion como él habia dicho, de traer á la memoria los naufragios de su vida, se empezó á pasear por ella, dando suspiros y golpes una mano con otra, que parecia que estaba sin juicio. Estando en esto, Dios, que no se olvida de sus criaturas, y queria, habiendo ya dado, como luego se verá, el premio á Elena de tanto padecer, que no quedase el cuerpo sin honor, ordenó lo que ahora oiréis, y fué que apenas se habian recogido todos, cuando la negra, que acostada estaba, empezó á dar grandes gritos diciendo: ¡Jesus que me muero, confesion! y llamando á las criadas por sus nombres, á cada una decia que le llamasen á su señor. Alborotáronse todas, y entrando donde la negra estaba, la hallaron batallando con la cercana muerte. Tenia el rostro y cuerpo cubierto de un mortal sudor, y tras esto con un temblor, que la cama se estremecía, y de rato en rato se quedaba amortecida, que parecia que ya habia dado el alma, y luego volvia con los mismos dolores y congojas á temblar y sudar á un tiempo. Viendo pues que decia que le llamasen á su señor, que le importaba hablarle antes de partir de este mundo, le llamaron, y así él como don Martin y su compañero habian al alboroto de la casa salido fuera; y entrando todos tres y algunos de los criados que vestidos se hallaron en donde la negra estaba, notó don Martin la riqueza de la cama en que la abominable figura dormía, que era de damasco azul, goteras de terciopelo, con franjas y flecos de plata, que á la cuenta juzgó ser la cama misma de Elena, que hasta de aquello la habia hecho dueña el mal aconsejado marido.

Así que la negra vió á su señor, le dijo: Señor mio, en este paso en que estoy no han de valer mentiras ni engaños; yo me muero, porque á mucha priesa siento que se me acaba la vida; yo cené, y me acosté buena y sana, y ya estoy acabando; soy cristiana, aunque mala, y conozco, aunque negra, con el discurso que tengo que ya estoy en tiempo de decir verdades, porque siento que me está amenazando el juicio de Dios; y ya que en la vida no le he temido, en la muerte no ha de ser de ese modo; y así, te juro, por el paso riguroso

en que estoy, que mi señora está inocente, y no debe la culpa por donde la teneis condenada á tan rigurosa pena; y que no me perdone Dios si cuanto dije no fué testimonio que la levante, que jamás yo la vi cosa que desdijese de lo que siempre fue, santa, honrada y honesta; y que su primo murió sin culpa, porque lo cierto del caso es que yo me enamoré de él, y le anaba persuadiendo fuese mi amante, y como veía que siempre hablaba con mi señora, y que á mí no me queria, di en aquella mala sospecha que se debian de amar, pues aquel dia mismo que tú viniste, riñendo mi señora conmigo, la dije no sé qué libertades en razon de esto, que indignada de mi libertad, me maltrató de palabra y obra, y estándome castigando, entró su primo, de quien sabido el caso, ayudó tambien á maltratarme, jurando entrambos que te lo habian de decir, y yo temiendo tu castigo, me adelanté con aquellas mentiras para que tú me vengases de entrambos, como lo hiciste; mas ya no quiere Dios que esté mas encubierta mi maldad; ya no tiene remedio lo hecho; lo que ahora te pido es que me perdones y alcances de mi señora lo mismo para que me perdone Dios, y vuélvela á su estado, porque por el te juro que es sin culpa lo que está padeciendo.

Si haré, dijo á esta última razon don Jaime, los ojos bermejos de furor; éste es el perdon que tú mereces, engañadora y mala hembra, y pluguiera á Dios tuvieras mas vidas que esa que tienes para quitártelas todas; y diciendo esto, se acercó de un salto á la cama, y sacando la daga, la dió tres ó cuatro puñaladas, ó las bastantes para acelerar mas presto la muerte. Fué hecho el caso con tanta presteza, que ninguno lo pudo prevenir ni estorbar, ni creo lo hicieron, porque juzgaron bien merecido aquel castigo. Salíose, hecho esto, don Jaime fuera, y muy pensativo se paseaba por la sala, dando de rato en rato unos profundos suspiros. A este tiempo llegó don Martin, y muy contento le dijo: ¿Pues cómo, señor don Jaime, en dia de tanta alegría, en que habeis ganado honor y mujer, pudiendo hacer cuenta que hoy os casais de nuevo con la hermosa Elena, hacéis extremos, y el tiempo que habeis de gozaros en sus brazos le dejais perder? No teneis razon; volved en vos, y alegraros como todos nos alegramos; dad acá esa llave, y saquemos á esta triste é inocente señora.

Aquietóse algo el pobre caballero, y sacando la llave, la dió á don Martin, el cual abriendo la estrecha puerta, llamó á la dama, diciendo: Salid, señora Elena, que ya llegó el dia de vuestro descanso, y viendo que no respondia, pidió le acercasen la luz, y decia bien, que ya Elena no la tenia, y entrando dentro, vió á la desgraciada dama muerta echada sobre unas pobres pajas, los brazos en cruz sobre el pecho, la una mano tendida, que era la izquierda, y en la derecha, formada con sus hermosos dedos una perfecta cruz, el rostro, si bien flaco y macilento, pero tan hermoso como un ángel, y la calavera del desdichado é inocente primo junto á la cabecera á un lado. Fué tan grande la compasion que le sobrevino al noble don Martin, que

se le arrasaron los ojos de lágrimas, y mas cuando llegó, y tentándola la mano, vió que estaba fría, que á la cuenta, así como desde su penosa cárcel debió de oír á su marido contar su lastimosa historia, fué su dolor tan grande, que bastó, lo que nunca pudo alcanzar la penosa vida que pasaba, viendo el crédito que daba á tan gran le engaño, á acabarle la vida. Viendo pues que ya no había remedio, despues de haberle dicho con lágrimas el buen don Martin: Dichosa tú, Elena, que ya acabaste con tu desgraciada suerte; y desdichada en que siquiera no supieras cómo ya el cielo volvió por tu inocencia, para que partieras de este mundo con algun consuelo; llamó á don Jaime, diciendo: Entrad, señor, y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño; entrad, os suplico, que para ahora son las lágrimas y los sentimientos, que ya Elena no tiene necesidad de que vos le déis el premio de su martirio, pues ya Dios se le ha dado en el cielo. Entró don Jaime alborotado y con pasos descompuestos, y como vió á Elena de la suerte que estaba, llorando como flaca mujer el que había tenido corazón de fiera, se arrojó sobre ella, y besándole la mano, decía: ¡Ay, Elena mía, y cómo me has dejado! ¿Por qué, señora, no aguardabas á tomar venganza de este traidor, que dió mas crédito á una falsedad que á tus virtudes? Pidesela á Dios, que cualquier castigo merezco. Don Martin, viéndole con tanta pasión, acudió advertido á quitarle la daga que tenía en la pretina, temiendo no hiciese alguna desespracion; y es lo cierto que la hiciera, pues echándole la mano á buscarla, y no hallándola, empezó á darse puñadas y arrancarse las barbas y cabellos y á decir muchos desaciertos. Acudieron todos llorando, y casi por fuerza le sacaron fuera; mas por cosas que hacian no le pudieron aquietar, hasta que rematadamente perdió el juicio, que sobre las demás lástimas vistas, esta echó el sello; y cuantos estaban presentes, soltando las riendas al dolor, daban gritos, como si á cada uno le faltara la prenda mas amada de su alma, en particular las doncellas y esclavas de la difunta Elena, que cerca á la tenían, llorando y diciendo mil lastimosas razones, abonándola y publicando su virtuosa vida, quienes por no haberlas querido su señor oír no lo habían hecho artes.

Viendo don Martin la confusion, mandó que las mujeres se retirasen adentro, y por fuerza entre él y los criados llevaron á don Jaime á su cama y le acostaron, atándole porque no se levantase y se arrojase por alguna ventana, que esa era su tema, que le dejasen quitarse la vida para ir donde estaba Elena, mandando á

dos criados no se apartaran de él ni le dejaran solo. Informóse si don Jaime tenía algun pariente en la ciudad, y diciéndole tenía un primo hermano, hijo de una hermana de su madre, caballero rico y de mucha calidad y nobleza, despachó luego uno de los criados con una carta para que viniese á disponer lo necesario en tantos fracasos; y sabido el caso por don Alejandro é informado de todo, él y su mujer, con mucha gente de su casa, así criados como criadas, con otros caballeros que supieron el caso, vinieron al castillo de don Jaime, donde hallando tantas lástimas, todos juntos lloraban de ternura, y mas de ver á Elena, que cada hora parecia estar mas hermosa. Sacáronla de donde estaba, que hasta entonces no había consentido don Martin tocar á ella, y puesta en una caja que se mandó traer de la ciudad, despues de haber enterrado á la negra, que parecia un retrato de Lucifer, allí en la capilla del castillo; con don Jaime, el cuerpo de Elena y todo lo demás de hacienda y gente se vinieron á la ciudad á casa de don Alejandro, y don Martin y su camarada con ellos, á quien todos hacian mucha honra; y despues de sepultada Elena con general sentimiento, se trató con médicos afamados dar remedio á don Jaime, mas no fué posible. Allí estuvo don Martin un mes aguardando si don Jaime se aliviaba, y visto que no tenía remedio, despedido de don Alejandro, se embarcó para España, y tomando próspero puerto, llegó á la corte. Visto por su majestad las ocasiones en que le había servido, se lo premió como merecia, y llegando á Toledo, se casó con su amada prima, con quien vive hoy contento y escarmentado en el suceso que vió por sus ojos para no engañarse de enredos de malas criadas y criados; y en las partes que se hallaba contaba el suceso que habeis oído de la misma manera que yo le he dicho, donde con él queda bien claramente probada la opinion de que en lo que toca á la crueldad son los hombres terribles, pues ella misma los arrastra de manera que no aguardan á segunda informacion; y se ve asimismo que hay mujeres que padecen inocentes, pues no todas han de ser culpadas, como en la comun opinion lo son. Vean ahora las damas si es buen desengaño considerar que si las que no ofenden pagan, como pagó Elena, ¿que harán las que, siguiendo sus locos devaneos, no solo dan lugar al castigo, mas son causa de que infamen á todas no mereciéndolo? Y es bien advertir que en la era que corre estamos en tan adversa opinion con los hombres, que ni con el sufrimiento los venceemos, ni con la inocencia los obligamos.

FIN DEL TOMO II DE NOVELISTAS POSTERIORES Á GERVANTES.

INDICE.

	Pág.		Pág.
BOSQUEJO HISTÓRICO SOBRE LA NOVELA ESPAÑOLA.	v	CAP. V. De la boda del meson.	165
EL CURIOSO Y SABIO ALEJANDRO, FISCAL DE VIDAS AJENAS, POR ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARRADILLO.	1	LA GARDUÑA DE SEVILLA, Y ANZUELO DE LAS BOLSAS, POR ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.	169
VIDA DEL MALVADO VARON, Á QUIEN EL VULGO DIÓ EL NOMBRE DE PANZA DICHOZA. Escríbese para ser oída, no imitada.	2	CAPÍTULO PRIMERO. Cuéntase quiénes fueron los padres de la Garduña, cuyo nombre propio era Rufina, y su educacion.	id.
VIDA DEL RIDÍCULO VARON, Á QUIEN EL PUEBLO DIÓ EL TÍTULO JUSTO DE EL MAJADERO PULIDO Y LIMPIO AFECTADO. Propónese, oh piadoso lector, mas para la compasion que para la risa.	4	CAP. II. Cásase Rufina; burla que la hizo un jóven que la galanteaba, y la muerte de su padre Trapaza.	171
VIDA DEL VARON INFELIZ Y PERVERSO, JUSTAMENTE LLAMADO EL PLEITEANTE MOLEADOR Y TRAMPOSO. Hallárase en ella tanto desengaño como lástima.	7	CAP. III. Galantean á Rufina dos jóvenes; desafio que tuvieron, en el que murió el que la burló al principio; envidia Rufina.	172
VIDA DE UN HOMBRE QUE FUÉ SOBEA Y TRASTO DE LA REPÚBLICA, Á QUIEN ELLA DIÓ EL ESCANDALOSO NOMBRE DE MALA LENGUA, MALOS PIES Y MALAS MANOS.	12	CAP. IV. Queda Rufina viuda y pobre; se reúne con un antiguo amigo de su padre llamado Garay; entre los dos tratan de robar á un indiano llamado Marquina, y medios de que se valen para conseguirlo.	175
VIDA DEL CAMALEON CORTESANO. Pone á los que gustaren de leerla mucha atencion, y con mas que atencion recelo y recato.	16	CAP. V. Verifícase el hurto; engaña tambien Rufina á Garay, y ambos unidos toman el camino de Madrid.	179
VIDA DEL TRAMOVERO RIDÍCULO.	17	CAP. VI. Descubre Marquina el robo; cuéntase el viaje de Rufina y Garay; personas con quienes se reunieron en Carmona; da principio un pasajero á la novela de <i>Quien todo lo quiere, todo lo pierde</i> .	185
EL DIABLO COJUELO. VERDADES SOÑADAS Y NOVELAS DE LA OTRA VIDA, TRADUCIDAS Á ESTA POR LUIS VÉLEZ DE GUEVARA.	21	CAP. VII. Prosigue el pasajero la novela de <i>Quien todo lo quiere, todo lo pierde</i> .	186
LA PICARA JUSTINA, NOVELA COMPUESTA POR EL LICENCIADO FRANCISCO LÓPEZ DE UBEDA, NATURAL DE TOLEDO.—PRÓLOGO SUMARIO DE LA PICARA JUSTINA.	47	CAP. VIII. Donde el pasajero da fin á la novela.	189
PRÓLOGO AL LECTOR.	48	CAP. IX. Llegan Rufina y Garay á Córdoba; los ponen presos, y Rufina cae mala, y esto les proporciona conocimiento con un rico genovés, que se los lleva á su quinta para que aquella convaleciese.	194
INTRODUCCION GENERAL PARA TODOS LOS TOMOS Y LIBROS, ESCRITA DE MANO DE JUSTINA, INTITULADA LA MELINDROSA ESCRIBANA.	51	CAP. X. Garay y Rufina se proponen robar al genovés, y entre los dos discurren los medios de llevarlo á cabo; lo logran, y huyen á Málaga.	196
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO PRIMERO.—LA PICARA MONTAÑESA.	60	CAP. XI. En el camino de Málaga encuentran Garay y Rufina á unos ladrones, los escuchan, sin que ellos lo adviertan, el plan de un robo, que debian depositar en un ermitaño; discurre Rufina el robo; lo pone en ejecucion, y se queda á vivir en la ermita con el ermitaño Crispin.	201
CAPÍTULO PRIMERO. De la Escribana fígada.	id.	CAP. XII. Llegan los ladrones con el robo; se ponen á cenar, y despues de la cena empieza uno á contar la novela de <i>El conde de las Legumbres</i> .	204
CAP. II. Del abolebro alegre.	64	CAP. XIII. Prosigue el ladrón la novela de <i>El conde de las Legumbres</i> .	207
CAP. III. De la vida del meson.	69	CAP. XIV. Da fin el ladrón á la novela de <i>El conde de las Legumbres</i> .	211
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO SEGUNDO.—PRIMERA PARTE.—LA PICARA MORENA.	79	CAP. XV. Rufina da á Crispin un narcótico; durante el sueño lo roba, y huye con Garay á Málaga; avisa con un anónimo al corregidor que Crispin es encubridor de ladrones, y sale con Garay para Toledo; escápase Crispin de la cárcel, y se encamina tambien á Toledo, en donde ve á Rufina, y prepara el modo de vengarse del robo que le hizo.	215
CAPÍTULO PRIMERO. De la Romera bailona.	id.	CAP. XVI. Sigue Crispin disponiendo los medios para robar á Rufina; se vale para ello de su compañero Jaime, que se enamora de ella.	218
CAP. II. La Vigornia burlada.	89	CAP. XVII. Jaime, para divertir á Rufina, da principio á la novela de <i>A lo que obliga el honor</i> .	221
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO SEGUNDO.—SEGUNDA PARTE.—LA PICARA ROMERA.	96	CAP. XVIII. Prosigue Jaime la novela de <i>A lo que obliga el honor</i> .	224
CAPÍTULO PRIMERO. De la jornada de Leon.	id.	CAP. XIX. Se da fin á la novela; Jaime se descubre á Rufina; entre los dos tratan de robar á Crispin; lo verifican; marchan á Madrid, en donde se casan; prenden y ahorcan á Crispin; sorprenden en un hurto á Garay, y es sentenciado á galeras, en donde acaba la vida.	228
CAP. II. Del Fullero burlado.	105		
CAP. III. De las dos cartas graciosas.	111		
CAP. IV. De la Romera de Leon.	115		
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO SEGUNDO.—TERCERA PARTE.—LA PICARA ROMERA.	126		
CAPÍTULO PRIMERO. De la mitona gustosa.	id.		
CAP. II. De la bizma de Sancha Gomez.	151		
CAP. III. Del bobo atrevido.	157		
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO TERCERO.—LA PICARA PLEITEISTA.	145		
CAPÍTULO PRIMERO. De la hermana perseguida.	id.		
CAP. II. De la marquesa de las Motas.	147		
CAP. III. De la vieja morisca.	150		
CAP. IV. De la heredera inserta.	152		
CAP. V. Del sacristan importuno.	154		
CAP. VI. De la partida de Rioseco.	155		
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO CUARTO.—LA PICARA NOVIA.	156		
CAPÍTULO PRIMERO. Del pretendiente tornero llamado Maximino.	id.		
CAP. II. Del pretendiente disciplinante.	158		
CAP. III. De los pretendientes que ni quierero ni ereo.	160		
CAP. IV. De las obligaciones de amor.	162		